

natural en ella, es accidental, porque el alma es forma del cuerpo.

Si, pues, hay substancias intelectuales, como es el alma humana, que por accidente pueden subsistir, separadas del cuerpo, es indudable que debe haber otras que subsistan separadas del cuerpo, por naturaleza y no por accidente.

Principio es, que la razón percibe sin esfuerzo, que lo que es, como dicen los filósofos, *per se*, es primero, que lo que es *per accidens*.

Hay más.

Es una verdad, accesible á toda inteligencia, que lo perfecto en un orden, es primero que lo imperfecto en el mismo orden.

Si no fuera así, si lo imperfecto fuera primero que lo perfecto, lo perfecto habría nacido de lo imperfecto, lo menos habría producido lo más.

Las almas humanas evidentemente son imperfectas, son las formas de los cuerpos, necesitan del organismo para sus operaciones, de aquí nace su imperfección.

Si, pues, en su género, que es el ser intelectuales, son imperfectas, debe haber en el mismo género otras substancias perfectas.

Claro es, entonces, que debe haber otras subs-

tancias intelectuales que puedan existir naturalmente separadas de los cuerpos: en eso consiste necesariamente su perfección.

Hay otra tercera razón, que viene á ser como una amplificación de la que acabamos de enunciar.

Lo perfecto precede á lo imperfecto: este es un principio de eterna verdad.

El alma humana entiende; pero es imperfecta en su modo de entender, porque, para entender, necesita tomar de las cosas sensibles las especies á fin de convertirlas en inteligibles.

La perfección del entendimiento consiste en entender las cosas que por sí son inteligibles, sin recibir el conocimiento de las cosas sensibles.

Esto es evidente: es, entonces, preciso que haya otras substancias intelectuales que entiendan sin necesidad de buscar el conocimiento en las cosas materiales.

Esas substancias, esos seres, que entienden sin necesidad de especies sensibles, que viven sin ser formas de la materia, son los ángeles.

Pudiera decirse que en efecto la perfección es primero que la imperfección; pero esto no exige que antes de las almas humanas haya otras sus-

tancias intelectuales que constituyan esa perfección en el género.

Para llenar esta necesidad lógica, digamos así, basta la existencia de Dios que es la perfección suprema.

“Dios es la perfección misma, responde el P. Monsabré, yo lo sé muy bien; pero Dios es el ser increado, y donde se busca la perfección intelectual que falta, es en un ser creado.

“¿Dónde está esa perfección, continúa el P. Monsabré, si no en los abismos cuyas riberas estoy tocando?”

“No, no, continúa el sabio dominico, estos abismos no quedarán vacíos. Las necesidades lógicas del acto creador me obligan á poblarlas con inteligencias perfectamente asimiladas al supremo inteligible; con espíritus puros é independientes que encuentren su plenitud en la simplicidad y que no tengan como yo necesidad de la materia para existir, para obrar y perfeccionarse; con espíritus que se ven ellos mismos, mientras que yo me busco; con espíritus que aspiran inmediatamente lo inteligible, mientras que á mí no viene sino buscándolo en las formas sensibles; con espíritus en los cuales Dios se reconozca mejor que

en la mezcla de los dos elementos de que se forma mi naturaleza.”

Es preciso admitir la existencia de los ángeles.

“Sin ellos, concluye el P. Monsabré, sería para mí el mundo lo que sería un cuadro sin perspectiva, lo que sería un retrato sin expresión, lo que sería esta magnífica basílica, si un techo vulgar reemplazara las ligeras bóvedas que sostienen sus columnas, como una tiara sobre la cabeza del pueblo cristiano.”

El mundo invisible existe: las tradiciones lo afirman, sus manifestaciones lo revelan, la razón lo adivina, lo llama y fija su lugar en el conjunto de los seres creados.

Pero ¿cuál es la naturaleza de esos seres misteriosos de que se forma el mundo invisible?

¿Cuál es su esencia, cuáles son sus facultades y su manera de ponerse en relación con los otros seres?

Los ángeles son, como ya lo dejamos indicado, espíritus puros.

Están exentos de materia, por sutil y etérea que se conciba.

Las figuras ó formas materiales que muchas veces se atribuyen á los ángeles, como lo revelan las páginas sagradas, no se les atribuyen en realidad, sino por cierta semejanza, según la frase de Santo Tomás, *per quamdam similitudinem sunt intelligenda*, como se atribuyen á Dios, sustancia purísima, muchas cosas corporales, en las Santas Escrituras, que de ningún modo corresponden á su ser, que es incorporeo y simplicísimo.

El lenguaje de la escritura se acomoda á la humana debilidad, que necesita para entender de formas ó especies sensibles.

Pero el entendimiento nunca puede atribuir esas formas materiales á los ángeles, como jamás las atribuye al Ser Supremo.

Por lo demás, la misma escritura divina, hablando de los ángeles, al lado de las expresiones, capaces de extraviarnos, agrega el correctivo: virtudes ó fuerzas de Dios, espíritus, llama á los ángeles, *Omnes sunt administratorii spiritus*.<sup>1</sup>

Algunos, y entre ellos, Padres y Doctores de la Iglesia, han enseñado que los ángeles tienen cuer-

<sup>1</sup> Heb. cap. I.

pos de cierta materia penetrable y penetrante y que se nutren con un manjar celeste, llamado en la Escritura, pan de los ángeles.

Esta teoría es insostenible.

La existencia de las almas humanas, que es un género imperfecto, porque son las formas del cuerpo, porque necesitan del cuerpo para obrar y perfeccionarse, es precisamente lo que lleva á nuestro entendimiento la convicción profunda, dado el ineludible principio de que la imperfección supone necesariamente la perfección en el mismo género, de que existen otros seres espirituales como el alma, pero perfectos en su género, es decir, que no necesitan de la materia para obrar y perfeccionarse.

Este principio de la razón, ha sido elevado á enseñanza católica.

El Concilio de Letrán, celebrado bajo Inocencio III, contiene este cánon: "Creemos firmemente que Dios, desde el principio del tiempo, creó de la nada una y otra sustancia, la espiritual y la corporal, á saber, la angélica y la mundana, y después la humana como una naturaleza común, constituida de espíritu y de cuerpo "

La materia es, de consiguiente, una sustancia;

el espíritu es otra, y el hombre es un compuesto de las dos.

Los ángeles, por lo mismo, son sustancias separadas del cuerpo, son sustancias simples, sin mezcla alguna de materia.

La muerte que nos destruye, el tiempo que dispersa los elementos de nuestro cuerpo, nada pueden sobre los ángeles.

Ninguna fuerza puede alterar su incorruptible esencia, ningun influjo puede menoscabar su unidad perfecta.

Lo simple no se corrompe, es inmortal.

Dios solo, por un acto soberano de su poder, podría aniquilar á los ángeles, si su eterno decreto no los hubiera hecho inmortales.

Son simples, pero jamás llegarán á la simplicidad de Dios.

No están compuestos de materia y forma; pero en ellos no es lo mismo la sustancia que la acción, no es lo mismo su poder que su esencia, no es lo mismo su esencia que su vida.

En la divinidad, y sólo en ella, es en donde la sustancia, la esencia, la vida, la virtud operativa y la operación, son una sola y una misma cosa, un solo y mismo ser; sólo Dios es un acto purísimo.

El primer acto de esos espíritus celestes, es conocer; conocen, entienden.

Pero este acto de conocer, el modo con que los ángeles entienden, es muy distinto al acto de conocer y entender de nuestras almas.

Nuestras almas adquieren el conocimiento, sacándolo de las cosas materiales, desprendiendo ese conocimiento de las cosas sensibles.

Y nuestras almas entienden de ese modo, porque están unidas al cuerpo, porque están dispuestas para servirse del organismo, del que constituyen la forma y la vida.

Los ángeles no están destinados para ser la forma de la materia, son sustancias separadas del cuerpo.

No pueden, por lo mismo, sacar sus conocimientos de las cosas sensibles.

En los ángeles no hay como en las almas, entendimiento agente y entendimiento posible.

Las almas recogen, de las cosas materiales, las especies, las imágenes, por medio de los sentidos.

El entendimiento, por medio de su fuerza, convierte esas imágenes sensibles, en especies inteligibles, y esto es lo que se llama el entendimiento

agente, el entendimiento que obra: su obra, su trabajo, es una obra de conversión; hacer de una especie material una especie inteligible.

Las almas humanas, que no pueden abarcar de un golpe el conocimiento de todos los seres, lo van adquiriendo gradualmente: mientras no lo adquieren, están en potencia para adquirirlo.

Y no pueden adquirir de un golpe el conocimiento de todos los seres, porque esos seres de que el alma humana saca su conocimiento, son singulares y casi infinitos en número.

Pero puede ir poco á poco adquiriendo conocimientos: su entendimiento está dispuesto, está en expectativa, está en potencia, para adquirirlos: esto es lo que se llama entendimiento posible.

Como los ángeles son sustancias separadas del cuerpo, como ellos no sacan sus conocimientos de los seres sensibles, "no hay en ellos, dice Santo Tomás, ni entendimiento agente, ni entendimiento posible."

Tampoco la distancia local influye sobre su conocimiento.

La distancia local influye sobre el sentido, pero no sobre el entendimiento, si no es cuando este accidentalmente, como sucede en las almas, recibe

del sentido los materiales que necesita para la obra de la inteligencia.

Los ángeles, por lo mismo, que son sustancias separadas, que no reciben el conocimiento intelectual de las cosas sensibles, nada resienten por razón de la distancia local, en su conocimiento nada influye esa distancia.

Por la misma razón de que los ángeles no sacan su conocimiento de las cosas sensibles, de modo alguno puede el tiempo influir sobre su conocimiento.

El tiempo no mide, sino aquellas cosas que están en algún lugar.

Por eso en las almas humanas la operación intelectual está mezclada con el tiempo: sacan su conocimiento de los seres singulares que se hallan en determinado sitio: y por eso en la composición y división el alma humana necesita del tiempo.

Los ángeles en su conocimiento, están lejos de la influencia local.

Están, entonces, á cubierto de las influencias del tiempo.

El entendimiento de los ángeles es un entendimiento siempre en acto.

Si no fuera así, estaría algunas veces en potencia: se mediría, entonces, por el tiempo.

Si, pues, el tiempo ningún influjo ejerce en la acción intelectual del ángel, evidente es que el entendimiento de esos espíritus está siempre en acto.

Por otra parte, toda sustancia viviente tiene alguna operación vital en acto por su naturaleza, que le está inherente siempre, aun cuando otras operaciones las pueda tener en potencia.

Así los animales tienen que alimentarse permanentemente para vivir: la alimentación es la operación que sostiene su vida: de otras operaciones pueden prescindir sin riesgo de perder la existencia.

Las sustancias separadas del cuerpo son sustancias vivientes: su vida consiste en entender.

Luego así como en los animales el alimentarse tiene que ser operación permanente, porque de ella depende la vida, en los ángeles el entender debe ser también operación permanente, porque en eso consiste la vida de las sustancias inteligentes separadas del cuerpo.

El entendimiento de los ángeles, es por lo mismo, un entendimiento en acto.

El entendimiento de los ángeles, decíamos en nuestro anterior artículo, es un entendimiento en acto y no en potencia.

¿Será, entonces, el entendimiento de los ángeles, como el entendimiento divino, que está siempre en acto?

Evidentemente no: la distancia entre el Creador y la creatura, por más que ésta sea perfectísima, es infinita.

El entendimiento de los ángeles siempre en acto bajo cierto respecto, está bajo otro en potencia.

De dos modos, enseña Aristóteles, puede estar un entendimiento en potencia.

De un modo está en potencia, cuando no adquiere todavía el hábito de la ciencia, es decir, está en potencia antes de aprender, antes de adquirir un conocimiento.

Está en potencia de otro modo, cuando ya ha adquirido el hábito de la ciencia, pero no la aplica ó la pone en ejercicio.

Del primer modo, el entendimiento de los ángeles nunca está en potencia, respecto de aquellas cosas á las que puede extenderse su conocimiento natural.

Así lo persuade la inducción.

Conviene entender el orden de las sustancias espirituales, como se entiende el orden de las cosas corporales, una vez que mayor debe ser el cuidado de Dios respecto del orden y perfección de las cosas espirituales, como más nobles, que de las cosas corporales.

Y el orden en las cosas corporales, inferiores y supremas, es que las inferiores no tienen, digamos así, agotada la materia por la forma, sino que son susceptibles de recibir hoy una forma y otra después, mientras que en las supremas, como son las celestes, la materia está, por decirlo así, agotada, no son susceptibles de nuevas formas.

Así es que, en los cuerpos celestes, la potencia de la materia es completa: los astros no reciben nuevas formas.

Los cuerpos inferiores, los que existen en la tierra, no tienen completa la forma de su materia: su materia es susceptible de formas diversas.

Esto que se observa en el orden de los cuerpos, tiene que observarse en el orden de las sustancias espirituales.

Las almas humanas tienen una potencia intelectual, incompleta é imperfecta: van adquirien-

do sucesivamente sus conocimientos por las especies ó imágenes inteligibles que desprenden de las cosas.

Las inteligencias superiores, que son los ángeles, deben tener esa potencia intelectual completa y perfecta, como los astros tienen completa la potencia de la materia.

Así es que los ángeles, por las especies inteligibles impresas en ellas desde su creación y que les son congénitas y naturales, tienen el hábito de la ciencia completa, pueden entender todas las cosas que naturalmente pueden conocer.

Bajo este punto de vista, su inteligencia está siempre en acto, tienen el hábito de la ciencia.

Pero nada impide que respecto de todas aquellas cosas que divinamente se les han revelado, su entendimiento esté en potencia: no es preciso que todas aquellas cosas que los ángeles conocen por conocimiento natural, las contemplen constantemente: como no repugna el que los cuerpos celestes, aunque completos en su potencia natural, estén en potencia para ser iluminados, como cuando el sol proyecta sobre ellos sus rayos.

En consecuencia, por lo que toca al conocimiento del Verbo y de todo lo que ven en el Ver-

bo, nunca están en potencia los ángeles: la contemplación del Verbo y de las cosas que en él miran constituyen su bienaventuranza, su felicidad, y es bien sabido, como enseña Aristóteles y lo persuade la razón, que la felicidad no consiste en un hábito, sino en un acto.

No es feliz quien puede serlo, sino quien lo es.

El ángel también tiene una inteligencia siempre en acto, al contemplar su propia sustancia: su sustancia está siempre íntimamente visible á su entendimiento: así es que, respecto de ella, está siempre su entendimiento en acto, como el ojo abierto, teniendo en su presencia un objeto iluminado, tiene que verlo siempre necesariamente.

Los ángeles tienen, también, su inteligencia en acto, respecto de los astros que muevan, según el sentir de los antiguos filósofos.

Los ángeles, en fin, tienen su entendimiento siempre en acto, respecto de las almas, cuya custodia se les ha confiado.

Mas por lo que toca á todo lo demás, que pueden conocer con su conocimiento natural, no tienen siempre su entendimiento en acto: hay en ellos libertad para aplicar su ciencia á lo que más les agrade y según el impulso de su voluntad.

“La esencia de los ángeles, dice el P. Monsabré, no es tan vasta para que puedan ver en ella todas las cosas, como Dios las ve todas en su esencia; pero no tienen necesidad de mendigar, fuera de ellos, las formas inteligibles que completan sucesivamente, y gota á gota, nuestra inteligencia condenada á labor ruda.”

“El mismo acto que los hace ser, les da toda su perfección intelectual, y las ideas divinas penetran su naturaleza trasparente, se fijan en ella y la iluminan desde el primer momento de su vida.”

“Se conocen á sí mismos por una intuición directa de su propia sustancia: son inteligibles al mismo tiempo que inteligentes.”

“Les basta contemplarse, para ver, como en un espejo, á Dios, principio de su perfección, á quien tanto se asemejan.”

“Todo lo que es espíritu, todo lo que es cuerpo, se revela á su inteligencia por las razones eternas que el Verbo divino ha impreso en ellos.”

“Superiores á la materia, la contienen eminentemente y la conocen en sí mismos con un conocimiento inmaterial, como su esencia.”

“Si no dominan á todos los seres y á todos los tiempos como Dios los domina desde la altura de



su inmóvil eternidad; si no pueden seguir en la sombra del porvenir la trama de los acontecimientos que Dios contempla, como si estuviesen presentes, penetran tanto mejor la virtud de las causas, cuanto más perfecta y más universalmente las conocen.”

“Podemos ocultarles nuestros pensamientos y nuestros designios, porque Dios sólo penetra los secretos de los corazones; pero el menor signo; el menor movimiento de nuestros cuerpos, aunque pudiera escapar á todas las miradas, son para ellos una revelación de nuestras disposiciones interiores.”

Pero no están condenados á esas penosas tareas de la razón que corre tras de la verdad, compone, divide y arranca penosamente las conclusiones de los principios.

A un solo golpe de vista, descubren todo el alcance de las primeras verdades.

Su intuición es tan pronta, tan viva, tan profunda, que les es imposible ser, como nosotros, sorprendidos por el error.

Si se engañan, es porque quieren.

Los ángeles están dotados de inteligencia; están igualmente dotados de voluntad.

Todas las cosas proceden de la voluntad divina; todas las cosas, en consecuencia, á su modo y de diversa manera, tienden al bien.

Ciertas cosas tienden al bien, por cierto hábito natural y sin conocimiento, como las plantas y los cuerpos inanimados: esta inclinación se llama, en el lenguaje de la escuela de Santo Tomás, apetito natural.

Otras tienden al bien con algún conocimiento; no un conocimiento que les haga comprender la razón misma del bien, sino sólo algún bien particular, como son los sentidos, que pueden conocer lo dulce y lo blanco: esta inclinación se llama apetito sensitivo.

Otras se inclinan al bien con conocimiento, á virtud del cual conocen la razón misma del bien: este es propio del entendimiento: esta inclinación se llama voluntad.

Si, pues, los ángeles conocen por el entendimiento la razón universal del bien, es manifiesto que en ellos existe la voluntad.

Esta voluntad es libre en sus operaciones.

En el universo hay seres que obran como movidos por otros, y no por un movimiento espontáneo: así, una saeta va á su fin, pero no por su pro-

pio impulso, sino por aquel que le comunica el que de ella se vale.

Otros seres obran por cierto arbitrio, pero no libre, como los animales irracionales: la oveja, por ejemplo, huye del lobo, por cierto instinto, á virtud del cual estima que le es perjudicial: este juicio no es libre, es un juicio impreso en los animales por la naturaleza; es lo que llamamos un instinto.

Sólo los seres dotados de inteligencia pueden obrar con juicio libre: á virtud del entendimiento, conocen la razón del bien.

En consecuencia, sólo los seres inteligentes gozan de un arbitrio libre.

Y como en los ángeles hay entendimiento, y más excelente que en los hombres, no puede ponerse en duda que son completamente libres en todas sus operaciones.

Y ese apetito intelectual de los ángeles, que constituye su voluntad, como que se refiere al bien universal y no al particular, es enteramente intelectual y no irascible ni concupiscible.

“La perfección de la voluntad, dice el P. Monsabré, es, en los espíritus angélicos, igual á la perfección de la inteligencia.”

“No saben lo que es la turbación que causa la violencia de los apetitos.”

“Cuando hieren, dice San Agustín, es sin cólera, y únicamente por obedecer á la ley eterna de justicia, que les ordena castigar: cuando tienen piedad de la miseria, es sin emoción: cuando llevan socorros á las almas que naufragan, es sin temor del peligro.”

“Su amor, que viene de la naturaleza ó de su elección libre, no les agita.”

“Aman el bien en Dios, en sí mismos, en sus hermanos, en todas las creaturas, con un amor tranquilo y sabiamente medido.”

“Tranquilo y sabiamente medido, como es su amor, es su odio al mal.”

“Una voluntad, así purificada, no puede conocer ni las vacilaciones de los deseos, ni la inconstancia de las resoluciones.”

“Mientras que nosotros necesitamos largas y angustiosas deliberaciones, antes de decidirnos, los ángeles no necesitan deliberar: se fijan prontamente, y por un solo acto, en el objeto de su elección.”

“Dios les ha propuesto, como á nosotros, una felicidad infinita en la visión de su esencia; y para

adecuarlos á un fin tan noble y tan grande, les ha dado la gracia, al mismo tiempo que les dió el ser."

Así resume, con su elegante frase, el P. Monsabré, las enseñanzas de la filosofía cristiana, sobre la inteligencia y la voluntad de los ángeles.

Esta es la naturaleza de esas inteligencias, de esas voluntades, que habitan el mundo invisible.

Ya conocemos la esencia de los ángeles y sus facultades.

Debemos ahora estudiar sus relaciones, es decir, la manera con que se ponen en contacto con los otros seres.

El medio de que una inteligencia se comunique con otra, es la palabra, y los ángeles hablan.

La escritura Santa que es el libro en que se contienen las revelaciones que Dios ha hecho al hombre, y que es para los cristianos una palabra infalible, así lo enseña con frase inequívoca.

En la profecía de Isaías se encuentran estas palabras: "*Los serafines hablaban unos con otros.*"

En la de Daniel se registran estas otras: Dijo Gabriel: "Haz entender esta visión."

San Pablo, el inspirado filósofo del cristianismo, para encomiar las excelencias del amor divino, decía que no podría hacerlo dignamente, aunque hablara en la lengua de los hombres y *en la lengua de los ángeles: Si linguis hominum loquar et angelorum.*

La razón humana persuade de que entre los ángeles debe haber un medio de comunicación, que los ponga en relaciones con ellos mismos, con su Creador y con las inteligencias inferiores.

Los ángeles forman necesariamente una sociedad, que intelectualmente se gobierna.

Y es claro que una sociedad y un gobierno no se conciben, sino mediante la palabra.

¿Pero cuál es la palabra de los ángeles? Cómo pueden comunicar sus conceptos, si están destituidos de órgano que sirva para hablar?

En concepto de Santo Tomás, un ángel puede manifestar á otro el concepto que encierra en su mente, cuando se dirija á otro y le manifieste ese concepto.

Esto es lo que se llama hablar, porque hablar, no es más que manifestar á otro el concepto que uno tiene en su entendimiento.

Hablar no es más que remover el obstáculo,